

# HUELLAS

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL NORTE  
MONOGRÁFICO RAMÓN ILLÁN BACCA



**EDITORIAL**  
uninorte

# EL RESGUARDO ORIENTALISTA

Por Andrea Juliana Enciso

Hay amistades que se dan desde el reflejo de una vitrina. Se explican por afinidades trascendentales, de clase, de algún tipo de convicción, de obsesiones comunes y en ocasiones por la lotería del día de nacimiento. La mía con Ramón Illán Bacca viene por la evanescencia de una carátula. Después de calificar 50 trabajos finales, de esos que copian y pegan citas sobre el aborto y la eutanasia, decidí que me merecía un receso en la librería. Manoseando las novedades que Don Julio el librero me alcanzaba, mi ritual de las tardes de jueves cuando era profesora de planta de la Universidad del Norte, hubo dos que me hicieron sonreír: *Yo gato* de Natsume Sozeki y una serie de novelas gráficas de samuráis de las cuales no recuerdo ya el nombre.

—¿Tú te has leído la historia de esa cortesana japonesa que habla sobre un príncipe japonés? —me preguntó.

Giré la cabeza y me reí, duro, hondo con la reverberación de la risa por toda la cavidad pulmonar. La pregunta de ese señor bajito, con ojos hiperbólicos, desordenados, me regresaba a todos los libros y los objetos que había dejado en Estados Unidos.

“¡Qué maravilla! Dime, ¿por qué no habías aparecido antes en mi vida?”. Se rio, juntó las manos en forma de oración sobre los labios y me invitó a tomar un café. Ese fue nuestro ritual por los años que siguieron. Cada semana nos encontrábamos, o nos llamábamos, para intercambiar historias sobre libros, chismes literarios, sobre todo, memorias de nuestras lecturas y películas orientalistas.

Lo japonés clásico, la estela imposible del Hong Kong del sesenta o el aura mística de la poesía clásica china del siglo VI tienen ese potencial de lo exótico, de lo externo. Había algo en esa pasión, la necesidad mutua de huir del rol de profesores de materias que a nadie le importaban, de dejar a un lado la obligación de ser productivos. El orientalismo, así como lo fue para los modernistas hace ya un siglo, fue nuestro salón secreto para celebrar la belleza, el placer puro de la forma.

Hay algo de la fascinación orientalista que se asemeja al closet queer. Escribía el poeta mexicano Carlos Pellicer: “Que se cierre esa puerta/ que no me deja estar a solas con tus besos. /Que se cierre esa puerta/ por donde campos, sol y rosas quieren vernos”. Dentro de ciertos tipos closet, como la ficción o la fantasía, existe la libertad de ser lo que se quiera emular, el potencial de encarnar nuestros deseos en la narración. Afuera la vida es útil y lineal. Los objetos son bellos porque son costosos y la ropa es bonita porque queda bien.



La descripción fetichista de los detalles: el giro de un peine de Carey, el crisantemo en tinta china sobre papel de arroz; la mirada de Anna May Wong, la primera *femme fatale* de Hollywood...

Puede decirse lo mismo de los edificios de aluminio y ventanales enormes mirando al río Magdalena: son lindos porque son “vanguardistas” con sus vigas cruzadas de acero, pero al final de cuentas su belleza está determinada, como el perfilamiento de una quijada, por su utilidad en un lugar como Barranquilla.

Adentro del orientalismo, como el escaparate de Go Toba, el personaje de “Cómo llegar a ser japonés”, gravita lo inútil. ¿Qué se puede hacer con la imagen del humo evanescente sobre el fondo rojo y amarillo borroso de una toma de Wong Kar-wai mientras Maggie Cheung en su *qipao* de flores fuma distraída? Nada lucrativo. Tampoco genera ningún tipo de rédito intelectual: desde Barthes, Boneffoy hasta Sloterdijk, quien intenta explicar el orientalismo en coordenadas prácticas, escribe documentos sin silencios; textos tan eruditos que se hacen imposibles de leer y saborear. Disposición contraria a la de los lectores de la chinería y la japonesería que no aspiran a ningún tipo de iluminación en la escala de la burocracia académica. Solo a tener una enorme excusa para la descripción fetichista de los detalles: el giro de un peine de Carey, el crisantemo en tinta china sobre papel de arroz; la mirada de Anna May Wong, la primera *femme fatale* de Hollywood, en una película del treinta. Los orientalistas somos melancólicos de tiempos y espacios lejanos: nuestra trasgresión consiste en apuntar a lo que no progresa y no “aporta”. Como las anécdotas de los japoneses que llegaron a Usiacurí con las que Ramón hacía trizas mi tiempo invadido por lo urgente. Si lo veo desde este ángulo, su habilidad escurridiza de no comprometerse con nada en sus columnas, solo con el gozo del ritmo del lenguaje, era su resistencia al mundo eficiente.

Una de esas tardes bajo la luz lechosa del Juan Valdez de Buenavista, le pregunté:

—¿Para qué carajos me sirve haberme dedicado por años a ver cómo un poeta argentino utilizaba versos de la poesía T'ang en su trabajo? ¿A quién le importa el instante, el habla sin hablar de Li-Po, Wang Wei y Du Fu? —Se acercó a la mesa, con el ademán que tiene Mefistófeles cuando va a revelar su secreto al que no vemos en el encuadre derecho, y me respondió:

—Niña, para absolutamente nada. Pero es tan refinado decir que uno ha leído esas cosas tan exquisitas, que ha viajado a esos lugares... —Me quedé mirándolo y me reí totalmente desarmada con la cara roja y luego con el fresco en el pecho de haber dicho lo que dije en voz alta.

Tomé agua, estiré las piernas y me preparé a escuchar la historia de un salón de belleza en Barranquilla en los setenta donde sus peluqueras y sus dueñas se vestían como geishas. Hay algo en el absurdo refinamiento del orientalismo con el que reconstruimos esa fantasía de lo otro que nos hace sentir seguros. Como una migraña o un fin de semana en la oscuridad reparadora.

Si algo tiene el closet orientalista, es su esnobismo. A falta de dinero, conexiones sociales para indicar la diferencia, están los códigos invisibles de la erudición para interpretar la excentricidad de lo recordado. Como todo closet fue nuestro lugar seguro para conversar sin mucho compromiso y muy poca amargura en nombre de lo distante —Claudia, *latte* con torta de zanahoria y tinto—. A nuestro alrededor abuelas, nietos, contratistas seguían comiendo almojábana con café después de las compras en Panamericana. En la descripción del tocado negro de plumas de Marlene Dietrich en *Shanghai Express*, había otras maneras de sufrir en la forma dejando atrás la frustración frente a los trámites con abogados, las ventas de casas o la dureza de la ley colombiana con los solteros al asumir que nuestros herederos, al igual que los responsables de la firma que decide si vivimos o no como un vegetal conectado a una máquina ventiladora, tienen que ser familiares biológicos.

En Ramón la exquisitez japonesa y la china clásica y nacionalista, vale aclarar, eran formas literarias de la inutilidad y el aplazamiento. En la teatralidad y el silencio del orientalismo sus personajes hallaban la manera de burlar la masculinidad de hacienda del hombre colombiano costeño, así como la obligación de la productividad. De una pericia aparatosa, obsoleta, mimada, imposible de traducir y de hacerla funcionar más allá del disfraz su personaje Go Toba, apertrechado en su cuarto de objetos japoneses dice: “Ese es mi drama: nacer en un país y en una época que no son los míos”. Nunca vi a Ramón vitorear con la camiseta amarilla de la selección o gritar orgulloso que lo mejor que le había sucedido era ser colombiano. Algo de alegría con un silencio largo después de cada historia, que sacábamos del armario, traía la mención de la Calle del Pozo de Santa Marta. Para mí el tiempo dorado de Ramón serían los cuarenta con sus barberos, sus trajes de lino y los cantantes de bolero con tacón cubano. Me pregunto qué tipo de noble hubiera podido ser Ramón en el mundo imperial japonés del siglo XI. En ese entonces yo no tenía un tiempo para añorar. Estaba intentando traer pedazos de mi casa desde Estados Unidos (o Bogotá) a un apartamento blanco.

“Mis japoneses son exquisitos, mientras los chinos de mis novelas son laboriosos” afirmaba con orgullo cuando le preguntaba de dónde había surgido su fascinación por el tema. Lo japonés sin la sobriedad del zen fue una forma de aplazamiento que él encontró en sus gustos para crear universos que no tienen que ser prácticos para ser posibles en su narrativa.

Universos sinuosos, llenos de objetos de anticuario porque el tiempo en su literatura va hacia atrás como la imagen de Rita Hayworth quitándose su guante largo negro de seda en la mitad de una pista de baile.

En cambio, lo chino, lo cantonés, tan barranquillero, tan genético, era más bien en su escritura un punto de escape moralmente torcido, porque es parte de nosotros como la tienda de la esquina y la *ñapa* (vocablo chino, por cierto). Por algo, supongo, en su literatura había más chinos que japoneses. Tendemos a idolatrar lo imposible y a no hablar de lo que está más cerca de nosotros porque no es un tema “decente”. A los colombianos la semejanza del otro nos causa pánico. A fin de cuentas, hablar de lo chino, era hablar de la historia de la clase media y popular de la Barranquilla que tanto él como yo conocimos antes de la extinción de los árboles por la calle setenta y dos, o de que el barrio *El Limoncito* dejase de ser una huerta china.

Sé que hay otras formas de escaparse de Colombia, menos anacrónicas. O mejor aún, menos cliché, casi decimonónicas. Como las de “salir a buscar nuevas y mejores oportunidades” como le escuchaba decir a mis estudiantes que me pedían cartas de recomendación para sus aplicaciones de beca a Corea, Estados Unidos, Francia o Alemania. “Salir para tomar una pausa, para escaparse de sí”, me digo ahora que gasto menos tiempo limpiando los libros que alcancé a traer. Me pregunto cuáles son las de la vejez. Cuáles fueron las de Ramón, que tuvo que nacer escritor imaginando formas posibles para diferenciarse del progreso de camionetas Trooper y los sancochos con cajas de Old Parr; las de ser un caribeño clase media en la esquina de un país desigual reconstruyendo un pasado de cristalería y rosarios de perlas de cien años atrás como le pasa a todos los que recuerdo de Santa Marta. Un lugar dominado por la belleza brutal y la destrucción constante de los elementos de la naturaleza. El Caribe es el perfecto escenario para un orientalista.

Nunca cenamos en mi casa, pero si algo compartimos fue ese escaparate íntimo frente a lo más genuino que puede sentir un colombiano: la vergüenza a la identidad nacional que exudamos por los poros hasta sentir culpa de oler a colombiano. Un cuarto para el *cross dressing* confeccionado con las imágenes del Japón imperial y la China T'ang o nacionalista para ponernos las fantasías blancas como máscaras y creer que mientras hablábamos el disfraz nos transformaría en ciudadanos “occidentales” del mundo. Este escaparate me dio por años la energía para no tomarme en serio las reuniones, para llegar a la oficina sin los tacones puestos; para eximirme de la obligación de leer poesía de Elvira Sastre o Kapur y sacar citas de Yuval Noah Harari en un coctel para verme más interesante en los eventos públicos. Por esos años los encuentros semanales con Ramón, aun por teléfono, fueron un resguardo frente a una existencia como la de los goleros que se paraban en las horas de sofoco sobre el techo cubierto de brea y aluminio de la Biblioteca Central.

Este texto no pretende ser un elogio al muerto. Tampoco hacer un resumen erudito sobre el orientalismo en su mundo ficcional. En ese sentido, escribo como una lectora que solía tejer horas de evasión con otro gran lector. Pero lo que es cierto, es que su primera pregunta sobre *La Historia de Genji* me hizo compañía como se mira a un paisaje ya muy distante en el tiempo. Lo bello, aclaro, no como un apego, sino como una manera desprendida, vacía de la amistad. “La emoción ante lo bello despierta fuertes anhelos de amistad y compañerismo” afirmaba Kawabata al recibir su premio Nobel en 1968, explicando que el principio máximo del arte japonés es la belleza como una disposición de amor y respeto por todos los seres sintientes y sus formas. El orientalismo, visto desde ese ángulo, es un esfuerzo

por recuperar la fe en el mundo y regresar de una manera benevolente a la amistad con las cosas y las personas desde la belleza de lo imperfecto.

—Mi estimada Juliana, ¿cuándo regresaste de Nueva York, Minneapolis, Samarcanda o Shanghái? Debería haber estado en la primera fila del comité de bienvenida —me dijo con el tono de fiesta, de sorpresa agotada en esa ocasión—. No me he sentido bien en estos días. He estado como débil, con frío, con mucho desaliento. La doctora dice que no hay nada que hacer, que son cosas de la vejez —respiro, hubo una pausa y empezamos nuestra conversación.

Esa noche hablamos sobre María Félix y las descripciones de las maneras de la corte de *El libro de la almohada* de Shonagon. Cuando terminamos apagué el teléfono, hablé con mi mata favorita, me encerré en el cuarto bajo el alivio del aire acondicionado y me reí un rato a solas recordando las frases lapidarias y sarcásticas dejadas a lo último de la conversación. Al otro día recibí el mensaje de Gillian Moss por WhatsApp avisándome de su muerte.

No estuve en su funeral. Una amiga cercana me dijo que las palabras finales las dio un familiar suyo. No suelo visitar a los muertos en los cementerios y tener mis últimas charlas frente a un ataúd. Pero como el tiempo del incienso, de lo que se va y marca el aire, me quedo con el refugio de nuestras conversaciones obsesionadas con la belleza de la forma, absolutamente ajenas a la seriedad de alguna confesión trascendental.

## A VECES LLEGAN CARTAS

Por Zoila Sotomayor O.

Como editora de Ramón Illán Bacca mantuve una comunicación cálida y cercana con él. Además de los asuntos relacionados con sus proyectos (investigaciones que derivaron en los libros *Escribir en Barranquilla*, *Veinticinco cuentos barranquilleros*; el rescate de la revista *Voces*; la reedición de parte de su obra literaria, es decir, sus crónicas, cuentos y novelas), también fue motivo de amenas y extensas conversaciones su apoyo a la labor editorial de Uninorte, como prologuista de algunos textos, como par evaluador o curador de artículos para la revista *Huellas*, para mencionar solo algunas de las tareas en las que fue clave su aporte. Todo lo que girara en torno a la literatura y al quehacer editorial era de su mayor interés, y en medio de todo ello, obviamente, la vida, los pequeños sucesos personales siempre estuvieron allí, aderezando nuestras reuniones. La cotidianidad, con sus alegrías y pesares, los chismes del “poetariado” barranquillero y las miradas bizcas compartidas, se transformaba en risas de complicidad que terminaban casi siempre en carcajadas sin límite.

El 9 de octubre de 2012, le remití el siguiente correo electrónico:

Moncho: en el día de hoy despacharemos a impresión *Había una vez en Barranquilla*. Es decir, pongo punto final a este proyecto tuyo; confío en que se convierta en una estrella más para tu gloria... (aunque más que estrellas, sé que preferirías un abultado giro a tus cuentas en las Islas Caimán). Besos, Z.

Su respuesta a mi mensaje no llegó enseguida. A la semana siguiente apareció en mi oficina; traía en sus manos la evidencia de un suceso que me había relatado en repetidas ocasiones, y que tenía que ver con sus asuntos financieros. “Niña, para que veas desde cuándo las cuentas no me cuadran”.

Me extendió una carta amarillenta, fechada el 22 de mayo de 1979, escrita en su vieja máquina Olivetti, dirigida a Boris Rosanía, el entonces rector de la Universidad del Norte. La leí, no hubo risas, y quise devolvérsela enseguida. Ramón no me la recibió; es más, me pidió, como su editora, que la guardara. Me pregunté entonces: “¿Por qué Moncho querrá que conserve esta carta valiente y triste?”.

Hace unas semanas, cuando fui convocada por la editora Farides Lugo para participar en este número monográfico dedicado a Ramón Illán Bacca, recordé la carta, volví a leerla y decidí, como su editora y amiga, publicarla justo aquí en la revista *Huellas* que él tanto apreció y cuidó.